

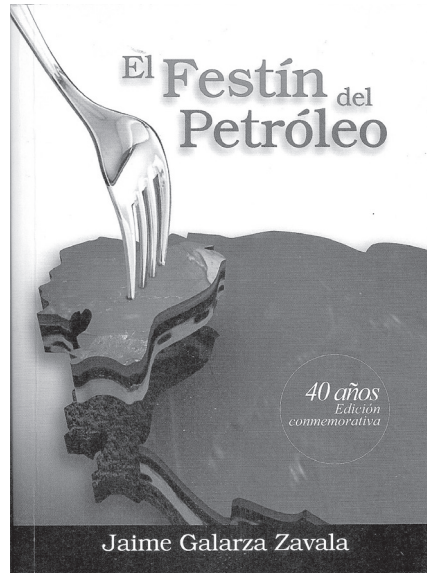
El Festín del Petróleo

Jaime Galarza

40 años, y todavía...

En enero de 1970, encontrándome en Loja laborando en la Universidad Nacional, recibí una llamada desde Quito; me la hacían conjuntamente el Rector de la Universidad Central, Dr. Manuel Agustín Aguirre, y mi padre, Rafael Galarza Arízaga, catedrático del plantel y director del flamante semanario ORIENTACIÓN, órgano de dicho instituto superior, creado por las dos personalidades. Tenían para mí una propuesta concreta: que asumiera la dirección de este periódico. Cargué una vez más mi mochila de caminante, con familia y todo, y me apersoné en esta querida Alma Máter. Asumí el nuevo desafío.

Corrían entonces los turbios días del Quinto Velasquismo, que pronto se volvieron sangrientos. Se aproximaba la hora del petróleo ecuatoriano. Los Siete Dinosaurios (como llamara yo a las siete grandes multinacionales del ramo) se disponían al hartazgo con nuestros



hidrocarburos. De sus discursos demagógicos, que tenían cierto olor de nacionalismo y de izquierda, Velasco Ibarra pasó pronto al abuso de autoridad y al crimen. El líder universitario Milton Reyes, quien durante diez años mantuviera estrecha amistad con este director, fue secuestrado por esbirros del régimen y atrocemente

asesinado en abril de 1970. El semanario acusó directamente al régimen por este crimen, publicando datos y fotos comprometedoras que conducían hacia el Ministro de Defensa, Jorge Acosta Velasco, miembro del clan familiar, entonces dueño del Banco Pichincha, y agente de la CIA, como lo revelaría luego el exoficial de operaciones de la misma, el norteamericano Philipp Agee. El revuelo fue grande. Pocos días después, en mayo, manos terroristas colocaron una bomba de alto poder explosivo y volaron la Imprenta Universitaria donde se editaba *ORIENTACIÓN*. Se inició una larga persecución contra Galarza. Un mes después, el 21 de junio, se estableció una brutal dictadura: fue clausurada la Universidad Central, cientos de ecuatorianos fueron a dar en cuarteles militares como presos políticos. Por error, creyendo que era Jaime, un escuadrón de caras pintadas asaltó la casa de su hermano mayor en La Floresta, Quito, y estuvo a punto de ultimararlo.

Numerosos hechos de protesta y rebelión antidictatorial se dieron desde ese día. Fue entonces cuando el autor concibió, desde la clandestinidad, escribir un libro que mostrara con claridad y crudeza que el advenimiento cercano de la explotación masiva del petróleo, bajo el dominio imperialista y de la oligarquía criolla, no haría sino agravar las miserias y las desgracias del pueblo, tanto como aumentar la esclavitud del Ecuador a manos de un nuevo co-

loniaje. Trazaría en esas páginas un apabullante memorial de agravios, con nombres y apellidos, en contra de toda clase de traficantes del petróleo y la soberanía nacional, fuesen civiles o militares.

En las condiciones en que se hallaba el autor, la tarea no era fácil, pero pudo llevarla a cabo con el decidido apoyo de familiares, compañeros de lucha, diversos patriotas ecuatorianos que se atrevieron a correr el riesgo de colaborar con una obra que sabían peligrosa, pero necesaria. Cuando el libro estaba listo aunque oculto en la ciudad de Cuenca, el 16 de febrero de 1972, las Fuerzas Armadas derrocaron al dictador Velasco Ibarra e instauraron el que llamaron Gobierno Nacionalista Revolucionario. Pocos días después, a comienzos de marzo, *EL FESTÍN DEL PETRÓLEO* fue lanzado al público desde la Universidad Central, y se desató la tormenta: entrevistas, conferencias, debates a lo largo y ancho del país. Surgieron múltiples amenazas pero también voces de defensa por otro lado, particularmente por parte de los estudiantes. Pudo más la presión de la derecha y los dinosaurios: el 10 de noviembre del mismo año, Jaime Galarza fue secuestrado, torturado en un cuartel militar y condenado por el Tribunal Especial Primero, de composición militar, a puerta cerrada y sin abogado defensor, a tres años de prisión, sucediéndose un largo etcétera, que incluyó una huelga de hambre, por

dos semanas, hasta obtener la libertad, luego de dos años de encierro.

Ahora EL FESTÍN DEL PETRÓLEO acaba de cumplir 40 años y sigue dando batalla por la verdad histórica, solicitado por varios sectores de la población, principalmente en los planteles educacionales, lo que nos anima a sacar a luz esta novena edición, sin cambios sustanciales, pues consideramos que a esta altura el autor carece del derecho a modificarlo, ya que la obra está catalogada por el público como patrimonio nacional. Por otra parte, vale la pena informar al lector que este mismo año, en septiembre de 2012, se cumplen 50 años de la aparición de nuestro primer libro, EL YUGO FEUDAL (Visión del campo ecuatoriano), que alcanzó hasta hoy la significativa cifra de ocho ediciones, y que, en su momento, igualmente suscitó fuertes polémicas, especialmente por la demostración documentada que hiciera denunciando que la Iglesia católica era el primer terrateniente del Ecuador. Tenemos, pues, dos aniversarios trascendentales en la vida y la obra del autor, que está convencido, sin alardes, que estos libros han contribuido a esclarecer las dramáticas realidades del país, y a cimentar la fe y la esperanza de los pobres en un mañana mejor.

Quito, junio de 2012